

## *Alexis de Tocqueville (1805-1859)*

### *La democracia en América*

#### *Vida y obras*

Nace en París en 1805, en una vieja familia aristocrática que durante la Revolución fue perseguida, su bisabuelo fue guillotinado y sus padres encarcelados<sup>1</sup>. Nacido bajo el Imperio napoleónico, estudió leyes durante la Restauración, ingresando como suplente en el cuerpo judicial, como juez auditor de Versalles desde 1827. Allí conoció a María Motley, una joven puritana inglesa, nueve años mayor que él con la que contrae matrimonio en 1836.

Disgustado con el régimen instaurado por la Revolución de 1830, en el que la burguesía llegó por fin al poder, viajó en 1831 con una beca a Estados Unidos para estudiar el sistema penitenciario en compañía de su amigo y colega Gustavo de Beaumont. En 1832 había dimitido de su cargo por solidaridad con su amigo Beaumont, realizando su primer viaje a Inglaterra. En esos años, “probablemente los más felices de mi vida”, comenzó a escribir el primer volumen de *La democracia en América*, publicada en 1835. Obtuvo un enorme éxito. Se le llamaba “el Montesquieu del siglo XIX”, fue elegido miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas a pesar de su juventud.

El segundo volumen de *La democracia en América* profundiza filosóficamente sobre la democracia comparando la norteamericana y la europea, se publica en 1840. Conceptualmente superior al primero, tuvo menos éxito. No obstante, al año siguiente ingresó en la Academia Francesa.

En 1837 fue elegido diputado independiente por el distrito donde está enclavado el castillo normando de Tocqueville, siendo reelegido siempre en esa condición. Tras la Revolución de 1848, que había anunciado en sus intervenciones parlamentarias (entre las que destaca el discurso sobre la propiedad y el trabajo) fue diputado nacional y, durante algunos meses de 1849, Ministro de Asuntos Exteriores. Al dimitir, en protesta por el golpe de Estado de Luis Napoleón, quien no consiguió atraérselo, abandonó la vida política en 1851.

Escribió sus interesantísimos *Recuerdos* de esa Revolución (que abarcan desde 1848 hasta su dimisión como Ministro), publicados póstumamente. En lo sucesivo se dedicó a investigar sobre el Antiguo Régimen. El resultado fue la publicación de *El Antiguo Régimen y la Revolución* (1856), obra inacabada (deja al morir una serie de documentos y notas para el segundo y tercer volumen), tan importante como *La democracia en América*. Muere en 1859.

*La democracia en América* procede de una reflexión sobre la igualdad. Los hombres tienen una pasión ardiente por la igualdad. La sociedad evoluciona necesariamente hacia la igualdad, es decir, hacia la democracia, es decir, hacia el nivelamiento. Esta evolución llena a Tocqueville de un “terror religioso”, pero le parece ilusorio oponerse a ella. Es preciso aprender a conocer la democracia para impedir que caiga, bien en la *anarquía* bien *el despotismo*.

---

<sup>1</sup> De familia aristocrática, de la aristocracia “de espada”, el árbol genealógico de Tocqueville se remonta por lo menos a la batalla de Hastings (1066), de lo que estaba orgulloso.

*El Antiguo Régimen y la Revolución* es una meditación sobre la centralización y la decadencia de la aristocracia. La centralización monárquica conduce al mismo resultado que el nivelamiento democrático: el aislamiento de individuos uniformes, incapaces de oponerse a un despotismo que va a triunfar. Es el libro de un derrotado que no renuncia a la esperanza.

Su modo de pensamiento, pegado a la realidad, de la que sólo se distancia para emitir juicios sin dejarse llevar por las emociones, es un pensamiento concreto, típicamente aristocrático. “Soy aristócrata por instinto”, decía de sí mismo. De ahí su independencia de carácter y de criterio. Su punto de vista es el del liberalismo pero no en su proyección histórica sino por encima y aparte de los partidismos o de la situación histórica.

### *Estado social aristocrático y democrático*

Su idea clave es la distinción entre el estado aristocrático de la sociedad y el estado democrático. El primero, el estado ancestral de la humanidad, el segundo, su nuevo estado social, que se venía gestando desde las profundidades de la Edad Media bajo el impulso del cristianismo y que, asentado en Norteamérica, pugnaba por asentarse en Europa, donde encontraba infinitos obstáculos.

El estado social aristocrático se funda en la desigualdad: una desigualdad que restringe la libertad política a una minoría. El estado social democrático se funda en cambio en la igualdad política: presupone la libertad política de todos. El gran problema de la democracia no es la igualdad social de los hombres, sino la *igualdad de condiciones*. Fue esto lo primero que le sorprendió en Norteamérica y movió sus reflexiones.

En Norteamérica se encontró una sociedad archiburguesa en la que, sin embargo, no había clases sociales en el rígido sentido europeo, existiendo en cambio solamente una clase media con gran movilidad social.

Un hecho -dice él- le chocó más que ningún otro en los Estados Unidos: *la igualdad de condiciones*. Este hecho le fascinó literalmente, y se sintió impulsado a ver en él la clave, si no de todo, de casi todo al menos. La gran revolución democrática, lejos de ser, como algunos creían, un accidente temporal, presentaba un carácter universal y, por poco que se quisiese escrutar el pasado, aparecía como “el hecho más antiguo, más continuo y más permanente que se conoce en la historia”.

La historia estaba dominada por una especie de *ley de nivelación*: todos los grandes acontecimientos habían resultado en provecho de la igualdad y en detrimento del privilegio del nacimiento; unos y otros habían hecho bajar al noble en la escala social y subir al plebeyo.

“El desarrollo gradual de la igualdad de las condiciones es un hecho providencial; tiene, en efecto, los principales caracteres de éstos: es universal, es duradero, escapa un día y otro al poder humano; todos los acontecimientos, como todos los hombres, sirven a su desenvolvimiento”.

La visión de esta irresistible revolución le inspira una especie de *terror religioso*, que domina todo su libro. El mismo Dios tuvo que querer esta marcha impresionante hacia la igualdad de las condiciones. La *sociedad aristocrática* de ayer ha muerto. Estaba fundada en la jerarquía. La *sociedad democrática* es una sociedad igualitaria.

Por el contrario, en Francia, en Europa, las clases medias, eran unas clases entre otras clases: la aristocracia y las clases inferiores, campesinas por entonces en su mayor parte. Es decir, en Europa, a consecuencia de la historia, el estado social democrático, cuya sustancia es la clase media –como era sabido desde Aristóteles- estaba mezclado con el estado social aristocrático.

Esto era desde la Revolución Francesa la causa principal de interminables conflictos en torno a la propiedad, la institución social por excelencia. Pues el gobierno era clasista, de clase, en lo que insistió después Bentham, Marx y otros pensadores. El problema consistía, pues, en desbrozar la marcha hacia una sociedad de clases medias mediante la *igualación de las condiciones*.

En Norteamérica había observado que no existía la centralización, en realidad el Estado es inexistente allí. Imperaba el autogobierno y la política era una actividad libre entre otras, pues imperaba la libertad a consecuencia de la libertad religiosa, origen y causa de las demás libertades concretas. El gobierno era sólo un instrumento de la sociedad.

En contraste, la Monarquía, sirviéndose del Estado, había centralizado en Europa las naciones, arruinando el autogobierno y las libertades. En primer lugar, la libertad política: al monopolizar el Estado la política, la sociedad depende en Europa del poder, no es una sociedad libre y las clases competían por apoderarse del Estado. Buscan más la igualdad social –la burguesía buscaba igualarse a la aristocracia- que la libertad, que es el principio de la democracia, falsificando una y otra. El Estado –concluye- puede ser alcanzado por aventureros - como los dos Napoleones- que agudizan más la centralización para establecer esa igualdad radical en la que todos son siervos agradecidos de su condición.

El punto de partida y el punto de llegada del pensamiento de Tocqueville son siempre la *libertad*, la que califica de “cosa santa”, de forma que toda situación concreta ha de ser examinada según que la favorezca o respete, o según que la restrinja y, en consecuencia, ponga en peligro la misma dignidad humana. Por eso su tema es el de la *democracia*, la cual no se identifica para él, de modo necesario con el liberalismo, aunque no sean asuntos indiferentes entre sí en la coyuntura histórica.

Según Tocqueville, el hecho democrático constituye algo nuevo en la historia y es, además irresistible. Por primera vez parece que todos los hombres pueden ser libres y dueños de su propio destino. Las ideas acerca de la libertad –dice- han madurado tanto y empiezan a ser tan favorables las condiciones para la igualdad, que la democracia, como la libre igualdad de todos, se halla a la vista. Sin embargo, es la libertad algo que sólo se consigue con esfuerzos, que no está dada sin más, mientras que la igualdad es una pasión humana. Piensa que podría suceder que la pasión por la igualdad llevase a despreciar la libertad.

La democracia puede, pues, poseer dos caras: la que tiene cuando nace de la libertad y los hombres están dispuestos a sacrificarle sus pasiones e intereses con el fin de salvaguardarla; y la que tiene cuando los hombres olvidan lo que ha costado alcanzarla y están dispuestos a abandonarla, quizá insensiblemente, sin darse cuenta, con tal de satisfacer sus deseos de bienestar.

*El problema –añade- no se plantearía si no existiera la tentación del poder, pero esta tentación, que es la más fuerte de todas, hace que junto a hombres que sólo quieren la igualdad, existan otros cuya pasión dominante es el poder. Resulta fácil que estos últimos, haciéndose portadores de los deseos de los demás, los esclavicen sin que se den cuenta, mediante el establecimiento de una igualación universal, de la que ellos aparecen sólo como sus defensores.*

Hacerse pasar por los defensores de la “auténtica” libertad sería sólo un problema de *manipulación de la opinión*. Se establecen entonces *tiranías* que se fundan aparentemente en el consentimiento general. Las imponen las mayorías como si se tratase de algo connatural a sus deseos. A diferencia de las tiranías del pasado, que se reconocen por sus abusos, las modernas se cuidan de tener satisfechos a sus súbditos. Los hombres ponen con frecuencia su interés en el bienestar y los déspotas modernos se cuidan de que éste se entienda en el sentido de satisfacciones materiales sin que nunca sean, empero, bastantes: todo su arte de gobierno consiste en dar a los individuos lo que piden. Así, éstos se olvidan de su propia dignidad y libertad.

### *¿Igualdad o libertad?*

No es la libertad sino la igualdad el verdadero signo de la democracia. La libertad era el contraveneno de la igualdad extrema.

Todo régimen político depende de la *opinión*. Y la democracia es por excelencia el régimen de la opinión pública: en la democracia todos opinan y la opinión es el *soberano*. Y el soberano, la opinión, está, pues, en una agitación permanente, condicionando las actitudes de los hombres. Y como en la democracia todos son en principio iguales, de ahí el gran peligro, pues la igualdad es una *pasión*. Apasionándose por la igualdad, por el deseo de ser iguales, los hombres pueden preferir la igualdad a la libertad, que no es una pasión sino, en el mundo político, una *virtud*.

Los hombres son por naturaleza libres y en tanto que son libres son iguales. Pero sin la virtud, sin el hábito de la libertad, en principio, dejándose llevar por las pasiones, por la pasión de la igualdad excitada por la democracia, pueden llegar a hacer de la igualdad el principio de esta última. Y si esta pasión se generaliza como opinión pública, puede llevarles a desear la tiranía, a tiranizarse a sí mismos con tal de ser iguales. Es la nueva forma de tiranía cuya posibilidad descubrió Tocqueville en Norteamérica; una forma de tiranía distinta de las tiranías propias del estado social aristocrático, en las que la pasión por la igualdad está dominada por la aceptación de la desigualdad como el estado natural. En cambio, en las sociedades democráticas, la pasión por la igualdad puede llevar a lo que se llamó más tarde democracia totalitaria.

En efecto, en estas sociedades, en las que todos los hombres se consideran iguales sin respetar las diferencias concretas, las capacidades y los méritos de cada uno, predomina el pensamiento abstracto, la libertad y la igualdad en general, abstraídas las circunstancias concretas que justifican las desigualdades legítimas que nacen de la libertad. Y como son sociedades de clases medias –cuyo ideal es la mejora material, el bienestar- el *espíritu de bienestar* favorece en ellas el *conformismo*, que liga la pasión abstracta de la igualdad y la aceptación materialista, pasiva, de cualquier régimen que dé o favorezca el bienestar, inhibiendo el hábito de la libertad, la virtud política por antonomasia.

### *La igualdad y sus consecuencias naturales (los males)*

Es una pasión poderosa la de la igualdad, más poderosa en el corazón del hombre que la de la libertad. No es que los hombres de las edades democráticas no tengan un gusto instintivo por la libertad; el gobierno que ellos conciben ante todo y que más aprecian es aquel cuyo jefe han elegido y cuyos actos controlan; “la igualdad da naturalmente a los hombres el gusto por las instituciones libres”.

Los pueblos democráticos se lanzan hacia la libertad con impulsos rápidos y esfuerzos súbitos; si fallan el blanco, si una fuerza brutal los aparta de él, sufren, pero se resignan. En cambio, por la igualdad siente “una pasión ardiente, insaciable, eterna, invencible; quieren la igualdad en la libertad, y si no pueden obtenerla, la quieren también en la esclavitud. Sufrirán la pobreza, la servidumbre, la barbarie, pero no sufrirán la aristocracia”.

Es una pasión exigente, insaciable la de la igualdad. Las satisfacciones parciales no la calman, sino que la exasperan (semejante en esto a la pasión amorosa). Cuantos menos privilegios quedan, más detestan los hombres el privilegio; el amor a la igualdad crece sin cesar con la igualdad misma.

“La más pequeña semejanza parece chocante en el seno de la uniformidad general; la vista de ella se hace más insoportable a medida que la uniformidad es más completa”.

Se puede concebir que los hombres llegados a un cierto grado de libertad estén enteramente satisfechos, pero el carácter insaciable de la pasión igualitaria hace que los hombres “no cimenten jamás una igualdad que les baste”.

La pasión de la igualdad tiene dos filos. Unas veces impulsa a los hombres a querer ser “todos fuertes y estimados”, a querer ascender todos al rango de los grandes y entonces es “viril y legítima”. Otras veces impulsa solamente a los débiles a querer “atraer a los fuertes a su nivel”, a hacerlos sus iguales en el envilecimiento y la servidumbre.

De ahí grandes consecuencias políticas. Pues inevitablemente la igualdad social conduce a la igualdad política. Pero se pueden concebir dos sistemas de igualdad política: la soberanía de todos y el poder absoluto de uno solo sobre todos. La *soberanía del pueblo* es un verdadero dogma del pueblo americano.

La soberanía del pueblo constituye un poder absoluto. Pero no el de uno solo, ni exactamente el de todos. Es el *mayor número*, el de la *mayoría*. “Fuera de la mayoría, en las democracias, no hay nada que resista”. Único poder de derecho, la mayoría es también un inmenso poder de hecho y de opinión, cuyo impero moral se funda en la idea –aplicación de la teoría de la igualdad a las inteligencias- “de que hay más luz y sabiduría en muchos hombres reunidos que en uno solo”.

En los siglos de la igualdad cada hombre busca sus ideas, opiniones, creencias, en sí mismo. Igualmente orienta todos sus sentimientos hacia él solo (es el *individualismo*). Cada uno extrae de sí mismo la regla de su juicio; cada uno, encerrado estrechamente en sí mismo, pretende juzgar desde ahí al mundo.

“En los tiempos de la igualdad los hombres no tienen ninguna fe los unos en los otros a causa de su semejanza; pero esta misma semejanza les da una confianza casi ilimitada en el juicio del público, pues no les parece verosímil que, teniendo todos luces semejantes, no se encuentre la verdad del lado del mayor número... El público tiene, pues, en los pueblos democráticos un poder singular, cuya idea no podían ni siquiera concebir las naciones aristocráticas. No persuade de sus creencias; las impone y las hace penetrar en las almas por una especie de presión inmensa del espíritu de todos sobre la inteligencia de cada uno”.

La mayoría llega a trazar en torno al pensamiento un poder “invisible y casi impalpable”. Después de haber conducido el espíritu de cada hombre a pensamientos nuevos, lo reducirán a no pensar más. “De tal suerte que, después de haber roto todas las trabas que antes imponían las

clases u hombres, el espíritu humano se encadenaría estrechamente a las voluntades generales del mayor número”. Esto es lo que ocurre en cuanto a las *ideas*. Veamos ahora que ocurre en cuanto a los *sentimientos*. En las edades igualitarias cada hombre vuelve sus sentimientos hacia sí mismo. Es el *individualismo*.

“El individualismo es un sentimiento reflexivo y pacífico que dispone a cada ciudadano a aislarse de la masa de sus semejantes y a retirarse apartado con su familia y sus amigos; de tal modo que, después de haber creado así una sociedad para su uso, abandona de buena gana a sí misma a la gran sociedad”.

La aristocracia unía a los súbditos entre sí por una larga cadena que ascendía desde el aldeano hasta el rey; cada uno era protegido por alguien que estaba por encima de él y protegía a alguien que estaba por debajo. La democracia rompe esta cadena y “deja separados los anillos”. La aristocracia mantenía igualmente una cadena, una continuidad, una duración entre las generaciones, entre los muertos y los vivos. La democracia rompe también esta segunda cadena:

“La trama de los tiempos se rompe en todo momento y el vestigio de las generaciones se borra... sólo interesan los más próximos... Así no sólo la democracia hace olvidar a cada hombre a sus antepasados, sino que le oculta a sus descendientes y le separa de sus contemporáneos. Le conduce sin cesar hacia sí mismo y amenaza con encerrarle, al fin, por entero en la soledad de su propio corazón”.

El individualismo es un mal político y social, es la “herrumbre de las sociedades”; vacía al ciudadano de toda sustancia al vaciarle de civismo; seca en él la fuente de las virtudes políticas, vuelve a hacer de él un vasallo cuando no un esclavo que oscila entre la servidumbre y la licencia. El doble fruto del individualismo es la *anarquía* y el *despotismo*. Ambos hijos de la igualdad.

### *Tiranía de la opinión*

La tiranía de la opinión descansa en la creencia en el derecho absoluto a la igualdad y al bienestar. El peligro de esta nueva forma de tiranía es mayor en Francia y en Europa donde, no sólo no existe igualdad en las condiciones, sino que la acción centralizadora del Estado Monárquico había barrido el hábito de la libertad, implantando al mismo tiempo la tendencia a la igualación de todos bajo uno sólo, el monarca. La Revolución Francesa había suprimido esta barrera. Peo había sustituido un monarca por cuatrocientos o quinientos reyes –los representantes parlamentarios- compitiendo demagógicamente entre sí en exacerbar las pasiones, sobre todo la de la igualdad, y el espíritu de bienestar.

Se ha visto con razón en Tocqueville “el profeta de la sociedad de masas” movida por las pasiones y las emociones. Describió el *ethos* del *Estado de Bienestar* en el que las libertades individuales, personales, son sustituidas por la *independencia*. Adivinó incluso el predominio abrumador del interés simbolizado en el dinero, en una sociedad desintegrada, unida sólo por la *nietzscheana voluntad de poder* de minorías erigidas más que en gobernantes en tutores.

### *Los medios de hacer la revolución democrática provechosa para la humanidad (los remedios)*

¿Qué remedios proponía Tocqueville para contrarrestar esta tendencia de las sociedades democráticas? Por supuesto, el espíritu de *libertad*. Pero éste necesita apoyarse, como decía

Montesquieu, en la existencia de poderes intermediarios, es decir, en el autogobierno y en una pluralidad infinita de asociaciones, es decir, en la *descentralización*; en la máxima libertad de expresión, en la propiedad y la familia, en la moral y la *religión*, cuyos dogmas trazan un círculo en torno al individuo inmune al poder de la opinión.

El contraveneno de la igualdad, de donde nace el individualismo es, pues, la libertad. Las instituciones libres son las que obligan a los ciudadanos a salir de sí mismos, a olvidar sus propios negocios para ocuparse de los negocios públicos, y que les dan las ideas y los sentimientos propicios para la acción en común, aptos para sacudir su apatía, hija del individualismo. Coloca en el primer rango las libertades locales y las asociaciones.

### *Libertades locales*

No basta una representación nacional encargada de los asuntos generales, de los grandes asuntos del país. Hace falta dar una vida política a cada porción del territorio; ello multiplica para los ciudadanos las ocasiones de actuar juntos en el bien público, de sentir que dependen unos de los otros, que viven en sociedad. Las libertades locales aproximan constantemente unos a otros y fuerzan a ayudarse entre sí a aquellos que separan las ideas y los sentimientos que Tocqueville ha descrito. Ellas crean de nuevo, frente al poder soberano, cuerpos intermedios o secundarios, obstáculos a su ejercicio sin freno.

### *Las asociaciones*

Después de las libertades locales nada parece más necesario que las asociaciones. El número de asociaciones en Estados Unidos dejó estupefacto a Tocqueville. Los hombres de las sociedades aristocráticas no tienen necesidad de unirse para obrar porque “están fuertemente mantenidos juntos”. Tienen necesidad de ello en la democracia porque siendo a vez independientes y débiles, no pueden casi nada por sí mismos. Todo lo que no hagan asociándose, es el gobierno el que lo hará. Proliferan asociaciones intelectuales y morales, no sólo políticas. La ciencia de la asociación dice es “la ciencia madre” en los países democráticos, aquella de cuyo progreso dependen los progresos de todas las demás.

Preconiza, pues, tres remedios contra el individualismo destructivo de las sociedades:

- 1) La *descentralización administrativa*, las libertades locales y provinciales.
- 2) La creación de *asociaciones de todo tipo* –políticas, industriales, comerciales, científicas o literarias- que ayuden a formar un sustituto de la aristocracia.
- 3) Por último, y sobre todo, las *cualidades morales*, el sentido de las responsabilidades, la pasión por el bien público, Tocqueville, cree como Montesquieu en el primado de la moral sobre la política.

### *Religión y libertad*

Religión y libertad habían presidido la fundación de la Nueva Inglaterra por los puritanos, que llevaban al Nuevo Mundo su cristianismo “republicano y democrático”. La libertad americana había podido ver en la religión “la compañera de sus luchas y de sus triunfos”. La religión asegura las costumbres y sin costumbres no hay libertad. La religión facilitaba el uso de la libertad, el funcionamiento de la democracia. Útil para el Estado, contribuyendo en primer término al mantenimiento de las instituciones políticas americanas, no era menos útil para la salud interior de cada ciudadano en tanto ciudadano.

“Es el despotismo el que puede pasarse sin la fe, no la libertad”. Si la libertad puede permitirse relajar el vínculo político es porque la fe aprieta el vínculo moral. “Al mismo tiempo que la ley permite al pueblo americano hacerlo todo, la religión le impide concebirlo todo y le prohíbe atreverse a todo”. Pero Tocqueville es formal: la religión no presta tales servicios al Estado americano más que porque está estrictamente separada de él, porque no se mezcla directamente en el gobierno político de la sociedad: sólo las almas son suyas, los ciudadanos caen fuera de su dominio. El catolicismo en los Estados Unidos se ha colocado bajo esta concepción liberal: “Los católicos de los Estados Unidos son a la vez los fieles más sumisos y los ciudadanos más independientes”.

Para Tocqueville, la posibilidad de la democracia depende del cristianismo con su idea evangélica de la libertad y la igualdad sustancial de todos los hombres en tanto imagen de Dios. La religión sostiene también que contra las inclinaciones despóticas o desordenadas de la democracia, la libertad no puede pasarse sin el poderoso aliado que es la religión. Por eso pensaba que la democracia sólo es apropiada para los pueblos cristianos y que la religión que contiene mejor los excesos de la democracia es la católica, por la mayor fijeza de sus dogmas.

La religión sirve también a la libertad ayudándola a combatir en el alma misma y en el corazón del ciudadano las malas inclinaciones: individualismo, envidia, gusto por el bienestar degradante. Tocqueville está lleno de horror por la idea materialista de que “todo perece con el cuerpo”. En las últimas páginas de su obra, recoge su pensamiento atormentado:

“He querido exponer a plena luz los peligros que la igualdad hace correr a la independencia humana, porque creo firmemente que estos peligros son los más formidables, así como los menos previstos, de todos los que encierra el porvenir... Las naciones de nuestros días no podrían hacer que, en su seno, no sean iguales las condiciones; pero depende de ellas que la igualdad las conduzca a la servidumbre o a la libertad, a las luces o a la barbarie, a la prosperidad o a las miserias”.

Estos remedios para los males de la democracia son muy tradicionales. Tocqueville sabe rendir homenaje al adversario; lleva al más alto grado el arte de comprender lo que le repugna. En este sentido es realmente un liberal.

Ocho años más tarde estallaba en Francia la Revolución de febrero de 1848. En un pequeño escrito de fines de 1847 Tocqueville atraía la atención de los políticos sobre el asalto intelectual que, desde hacía algún tiempo, se daba al derecho de propiedad. El 29 de enero de 1848, hablando en la Cámara, advertía a los diputados:

“Mirad lo que pasa en el seno de esas clases obreras... ¿no veis que sus pasiones de políticas se han convertido en sociales? ¿No veis que poco a poco se extienden en su seno opiniones, ideas, que no van a derrocar solamente tales leyes, tal ministerio, tal gobierno, sino la sociedad, a hacerla vacilar sobre las bases que hoy reposa? ¿No escucháis lo que se dice todos los días en su seno? ¿No oís que allí se repite sin cesar que todo lo que se encuentra por encima de ellas es incapaz e indigno de gobernarlas; que la división de los bienes hecha hasta hoy en el mundo es injusta, que la propiedad reposa sobre unas bases que no son las bases equitativas?...”

Se pone en cuestión el derecho de propiedad. Surge así el socialismo (Saint-Simon, Fourier, Owen, Proudhon) y más tarde el comunismo (Karl Marx y Engels).



El tema de la libertad domina toda la obra de Tocqueville y le da su unidad. Esa libertad, dice, es la pasión de su vida. No tiene sino una confianza limitada en las instituciones políticas para garantizar la libertad.

### *Valoración de su pensamiento*

A veces se dice que los mayores pensadores políticos son Aristóteles, Maquiavelo, Hobbes, Burke, y el quinto Tocqueville. Desde luego es el filósofo indiscutible de la democracia.

Tocqueville aparece hoy como uno de los mayores pensadores políticos y su influencia e importancia crece cada día. Sus análisis detallados y a distintos niveles, sus profecías cumplidas –el conflicto racial en los Estados Unidos, la polaridad entre Norteamérica y Rusia, la sociedad de consumo- su adivinación de la era de las masas, su profunda penetración en la naturaleza de los modernos totalitarismos, son a veces incomparables.

## TEXTOS

TOCQUEVILLE, A., (Introd., ed. crítica y trad. a cargo de E. NOLLA) *Democracia en América*, Trotta, Madrid 2010.

\_\_\_\_\_, *Memoria sobre el pauperismo*, Tecnos, Madrid 2003.

## BIBLIOGRAFÍA

ABELLÁN, J., «John Stuart Mill y el liberalismo», en VALLESPÍN, F. (ed.), *Historia de la teoría política*, Alianza Editorial, Madrid 1991, t. 339-396.

BÉJAR, H., «Alexis de Tocqueville: la democracia como destino», en VALLESPÍN, F. (ed.), *Historia de la teoría política*, Alianza Editorial, Madrid 1991, t. 3, 299-338.

HELD, D., *Modelos de democracia*, Alianza Editorial, Madrid 2007<sup>3</sup>.

DIEZ DEL CORRAL, L., *El liberalismo doctrinario*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid 1984<sup>4</sup>.

\_\_\_\_\_, *El pensamiento político de Tocqueville*, Alianza Editorial, Madrid 1989.

MACPHERSON, C.B., *La democracia liberal y su época*, Alianza Editorial, Madrid 1982.

MAESTRE, A., «El liberalismo de Tocqueville: libertad, democracia y religión», en E. NOLLA (ed.), *Alexis de Tocqueville: libertad, igualdad y despotismo*, Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales, Madrid 2007, 201-214.

MANENT, P., *Historia del pensamiento liberal*, Emece Editores, Buenos Aires 1990.

NOLLA, E., «Teoría y práctica de la libertad en Tocqueville», en ID., (ed.), *Alexis de Tocqueville: libertad, igualdad y despotismo*, Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales, Madrid 2007, 179-200.

PRIETO, F., *Manual de historia de las teorías políticas*, Unión Editorial, Madrid 1996.

ROS CHERTA, J.M., *El concepto de democracia en Alexis de Tocqueville. (Una lectura filosófico política de La Democracia en América)*, Tesis Doctoral dirigida por A. CORTINA, Universidad de Barcelona 1999.

\_\_\_\_\_, «Sociedad civil y religión en A. de Tocqueville», *Revista de Filosofía moral y política* 39, 2008, 205-216.

SABINE, G.H., *Historia de la Teoría Política*, trad. V. Herrero, F.C.E., México 2002.

SARTORI, G., *¿Qué es la democracia?*, Taurus, Madrid 2003.

\_\_\_\_\_, *La sociedad multiétnica. Pluralismo, multiculturalismo y extranjeros*, Taurus, Madrid 2001.

\_\_\_\_\_, *La democracia después del comunismo*, Alianza Editorial, Madrid 1994.

\_\_\_\_\_, *Teoría de la democracia*, 2 vols., Alianza Editorial, Madrid 1988.

TOUCHARD, J., *Historia de las ideas políticas*, Tecnos, Madrid 2006<sup>6</sup>.

TOURNAINE, A., *¿Qué es la democracia?*, F.C.E., México 2000.

## TEXTOS

### Alexis de Tocqueville, *La democracia en América*

La **soberanía del pueblo** es un verdadero dogma americano. Se trata de un poder absoluto. Pero no el de uno solo, ni exactamente el de todos, es el del mayor número, el de la mayoría. Único poder de derecho, la mayoría es también un inmenso poder de hecho y de opinión, cuyo impero moral se funda en la idea – aplicación de la teoría de la igualdad a las inteligencias- de que hay más luz y sabiduría en muchos hombres reunidos que en uno solo:

«Cuando un hombre o un partido padece una injusticia en los Estados Unidos, ¿a quien queréis que se dirija? ¿A la *opinión pública*? Es ella la que forma la mayoría. ¿Al *cuero legislativo*? Representa la mayoría y la obedece ciegamente. ¿Al *poder ejecutivo*? Es nombrado por la mayoría y le sirve de instrumento pasivo. ¿A la *fuerza pública*? La fuerza pública no es otra cosa que la mayoría bajo las armas. ¿Al *jurado*? El jurado es la mayoría revestida del derecho de pronunciar sentencias: los mismos jueces en ciertos Estados son elegidos por la mayoría. Por inicua o irrazonable que sea la medida que os afecte, no tendréis, pues, más remedio que someteros a ella».

(Textos en: J.J. CHEVALLIER, *Los grandes textos políticos desde Maquiavelo a nuestros días*, Aguilar, Madrid 1955, 210-237).

Tocqueville describió muy bien lo que ocurrió en aquel tiempo debido al predominio de la **opinión de minorías**:

«Quienes negaban el cristianismo *elevaban la voz* y quienes aún creían *se callaban*, sucediendo lo que se ha visto a menudo después entre nosotros, no solamente en materia de religión, sino en todas las materias. Los hombres que conservaban la antigua fe temieron ser los únicos en permanecer fieles y, *rechazando más el quedarse aislados que el error, se unieron a la masa sin pensar como ella*. Lo que no era todavía sino el sentimiento de una parte de la nación aparentaba así ser la opinión de todos y, desde entonces, pareció irresistible a los ojos de los mismos que le daban esta falsa apariencia»

(*Antiguo Régimen y la revolución*; texto en: D. NEGRO PAVÓN, *Lo que Europa debe al cristianismo*, Unión Editorial Madrid 2004, 124).

La igualdad democrática facilita en su desarrollo, a través de una eventual **tiranía de la mayoría**, el advenimiento del **despotismo**. Tocqueville hace hincapié en la novedad del **despotismo democrático** con respecto al tradicional, por cuanto mientras aquél era opresivo, éste actúa indirectamente:

«no quebranta las voluntades, sino que las ablanda, las doblega y las dirige, [...], no tiraniza, pero estorba, comprime, enerva, ahoga, embota, y reduce por último cada nación a no ser más que un rebaño de animales tímidos e industriosos, cuyo gobierno es el pastor».

El despotismo de otros tiempos pesaba prodigiosamente, pero solamente sobre algunos. Era violento, pero restringido. El de mañana sería «más extenso y más suave, y degradaría a los hombres sin atormentarlos». **Despotismo de tutores** más que de tiranos:

«Quiero imaginar bajo qué nuevos rasgos podría producirse el despotismo en el mundo. Veo una muchedumbre innumerable de hombres semejantes e iguales, que giran sin descanso sobre sí mismos para procurarse pequeños y vulgares placeres, con los que llenan su alma. Cada uno de ellos retirado aparte y como extraño al destino de todos los demás; sus hijos y sus amigos particulares forman para él toda la especie humana... Por encima de ellos se eleva un poder inmenso y tutelar, que es el único que se encarga de asegurar sus goces y de velar por su suerte. Es absoluto, detallado, regular, previsor y suave. Se parecería al poder paterno si, como éste,

tuviese por objeto preparar a los hombres para la edad viril; pero, por el contrario, no persigue más que fijarlos irrevocablemente en la infancia; le gusta que los ciudadanos gocen, con tal que no piensen más que en gozar. Trabaja gustosamente para su felicidad, pero quiere ser su único agente y su único árbitro; provee a su seguridad, prevé y asegura sus necesidades, facilita sus placeres, conduce sus principales negocios, dirige su industria, regula sus sucesiones; *¡qué lástima que no puede quitarles enteramente la molestia de pensar y el trabajo de vivir!*».

La uniformidad caracteriza por doquier el mundo moderno. Tocqueville es lúcido al respecto:

«Veo una multitud innumerable de hombres parecidos e iguales que dan vueltas sin descanso sobre sí mismos para procurarse pequeños y vulgares placeres con los que llenan su alma. Cada uno de ellos, retirado aparte, es como extranjero al destino de los demás [...] Sobre ellos se levanta un *poder inmenso y tutelar, que se encarga él solo de asegurar sus goces y cuidar de su suerte. Es absoluto, detallado, regular previsor y dulce*»; *un poder paternalista que solo trata de mantener a los hombres en la infancia*, en una verdadera tutela que se hace cargo íntegramente de todos sus deseos y necesidades, y ante cuyos designios cabe preguntar: *¿Qué podría hacer todavía sino quitarles del todo la turbación de pensar y la pena de vivir?*».

(Textos en A. TRUYOL Y SERRA, *Historia de la Filosofía del Derecho y del Estado*, vol. 3, Alianza Editorial, Madrid 2004, 138).

El **remedio** a este peligro reside esencialmente en el mantenimiento del sentido de la libertad, que el hombre democrático tiende a subordinar al de la igualdad. Las **asociaciones** de toda índole, **apoyadas en la prensa**, cuyo papel vital destaca Tocqueville, van en la misma dirección:

«La prensa es, por excelencia, el instrumento democrático de la libertad»

En una carta destinada a su amigo Eugenio Stoffels, confiesa: «Siente uno que el mundo antiguo termina y se pregunta: ¿cuál será el nuevo?». Aquí su esperanza última está en que sobreviva la libertad. Distinguiendo las **democracias que son libres de las que no lo son**, y reconociendo que éstas podrán ser ricas y prósperas y albergar cualidades privadas e incluso “buenos cristianos”, concluye que:

«lo que no se verá nunca en semejantes sociedades son grandes ciudadanos, y sobre todo, un gran pueblo».

En 1834 profetiza la **polaridad** que se va a producir entre **Norteamérica y Rusia**:

«Hay en la tierra dos grandes pueblos que habiendo partido de puntos diferentes, parecen avanzar hacia un mismo fin son los rusos y los angloamericanos. Los dos han crecido en la oscuridad y, mientras las miradas de los hombres estaban ocupadas en otra parte, se colocaron de golpe en la primera fila de las naciones, y el mundo conoció casi al mismo tiempo su nacimiento y su grandeza. Todos los demás pueblos parecen haber alcanzado, poco más o menos, los límites que trazó la Naturaleza y no tener ya que hacer otra cosa más que conservar; aquéllos, en cambio, están en crecimiento; Rusia es, de todas las naciones del antiguo mundo, aquella cuya población aumenta, proporcionalmente, de modo más rápido... Para alcanzar su fin [el americano] descansa en el interés personal y deja obrar, sin dirigirlas, a la fuerza y a la razón de los individuos. El ruso concentra de alguna manera en un hombre todo el poder de la sociedad —el uno tiene como principal medio de acción la libertad; el otro, la servidumbre—. Su punto de partida es diferente, sus caminos son diversos; sin embargo, cada uno de ellos parece llamado, por un secreto designio de la Providencia, a tener un día en sus manos los destinos de la mitad del mundo» (Final de la Conclusión, primera parte, *La democracia en América*).

(Textos en: J.J. CHEVALLIER, *Los grandes textos políticos desde Maquiavelo a nuestros días*, Aguilar, Madrid 1955, 210-237).

Los últimos capítulos de *La democracia en América* ofrecen un **balance global** que un buen conocedor de la persona y la obra de Tocqueville ha sintetizado sobriamente:

«La democracia es el signo de nuestro tiempo. El porvenir, según la predicción de Tocqueville hecha a mediados del siglo XIX, pertenece a la nivelación social. Antiguamente se concedían privilegios a ciudades, a familias, a individuos. Pero en las grandes ciudades modernas, dominadas por una creciente industrialización, todos los hombres serán iguales. Estos hombres de una sociedad nueva tendrán sobre filosofía, religión, política, ideas sencillas y generales. Su gobierno será único y central, y su legislación será uniforme. Cada ciudadano –semejante en todo a los demás– se diluirá en la masa y ya no se tendrá más que la visión general del pueblo como un todo [...] Los ciudadanos se someterán más fácilmente a la autoridad, pues ésta les parecerá necesaria para defender su inseguridad personal. Al hombre de la masa el poder del Estado le parecerá el único sostén de su propia debilidad» (J. P. Mayer).